

## MANSILLA, DE CORRESPONSAL A *CASEUR*

Cristina Andrea Featherston\*

**Resumen:** El presente artículo se propone indagar sobre los modos en que dialogan, en la obra de Mansilla, su experiencia en la Guerra del Paraguay (1865-1870) con la memoria que de la misma mantendrá a lo largo de su prolongada vida escritural. La primera representación de la contienda se plasma en *corresponsalías*; más adelante, las historias de la Guerra permean los relatos incluidos en *Una excursión a los indios ranqueles* y finalmente, cuando el enfrentamiento bélico había sido prácticamente olvidado, reaparecen memorias sobre este en las *Causeries*. La relación entre relato, representación y guerra se manifiesta conflictiva y cambiante y pone de manifiesto las dificultades que presenta la narrativa de guerra, que suele plasmarse en géneros marginales, como *corresponsalías*, memorias, diarios.

**Palabras clave:** guerra, representación, *corresponsalías*, memorias, trauma.

**Abstract.** *This article works with the interaction between memory and experience of the Paraguayan War (1865-1870), in the literary works of Lucio V. Mansilla. His first impressions of the war were narrated in his war correspondence sent to La Tribuna, during the first years of the conflict; later on those stories were integrated to An excursion to Ranquel Indians and, when the war was completely ended, his memories were integrated to the Causeries, written by the author between 1888 and 1890. Difficult as it is, the relationship between narrative, representation and war seeks to express itself through the various forms of correspondence, memoirs and journalism.*

**Keywords:** war, representation, correspondence, memoirs, trauma.

En 1865, meses después de iniciada la Guerra del Paraguay, José María Cantilo, director responsable de la publicación, «principalmente literaria» (Auza, 1980, p. 135), *El Correo del Domingo*, lamentaba que varios de sus colaboradores —Dominguito Sarmiento, entre ellos— se hubieran trasladado al frente de batalla. Sin embargo, y pese a anhelar el regreso de los jóvenes escritores, comentaba: «Las letras y las armas no se excluyen y como la patria pide a sus hijos sacrificios de sangre, los poetas y escritores saben probar que tienen el corazón bien puesto...» (Auza, 1982, *Correo III*, p. 410). La nota remite a un tópico recurrente de la literatura, «armas y letras». Aunque Cantilo afirme que «no se excluyen», sus relaciones han sido más conflictivas que lo que esta afirmación permite presuponer, mucho más cuando la palabra «armas» refiere a «guerra».

En 1893, la revista titulada *Buenos Aires Ilustrado*, popular para los estándares de la época, dirigida por Julián Martel y José Luis Cantilo, publicó un retrato y una entrevista del General Lucio V. Mansilla: aparece con sus sesenta y dos años, con su distintiva elegancia. No me detendré en el inusitado color y forma de la indumentaria. Me interesa más destacar una de las respuestas del maduro Mansilla al entrevistador. Le demanda cuál es su ocupación preferida; el General no duda: las armas.

---

\* Profesora y Doctora en Letras, egresada de la Universidad Nacional de La Plata, donde actualmente se desempeña como profesora adjunta en las cátedras de Literatura Argentina «A» y de Literatura Inglesa. Correo electrónico: cfeatherstonhaugh@yahoo.com

Las dos situaciones nos proporcionan un punto de observación inmejorable para indagar la relación que guardan armas y letras en la escritura de Lucio V. Mansilla, conspicuo representante de la literatura argentina decimonónica y oficial en la Guerra de la Triple Alianza, desde y sobre la cual escribió en varias oportunidades. Señalemos, antes de avocarnos al caso particular, algunas problemáticas relacionadas con este género de escritura.

Por lo común la angustia producida por la experiencia bélica causa una suerte de imposibilidad de representar lo vivido. Sin embargo, y paradójicamente, el trauma de la guerra es el que reclama —pasado un tiempo— la verbalización de la experiencia. Los escollos relacionados con la manifestación de lo inefable, de los cuerpos mutilados y de las psiquis trastrocadas han alentado, en diversas geografías y épocas, el desarrollo de estrategias de representación, bastante recurrentes, que podríamos considerar cristalizadas en dos modos antagónicos de filtrar la violencia; Sarah Cole (2009) los denomina «dentes encantados» o «desencantados». Quienes hacen uso de los primeros, muestran la violencia bélica como metáfora de crecimiento y germinación. Se evita el cuerpo en su agonía física o en su descomposición material y se destaca la cualidad creativa de la materia. Un claro uso de este tipo de lente lo hallamos en una referencia a la Guerra del Paraguay realizada por el narrador heterodiegético de «De cepa criolla», de Miguel Cané, autor que, por su juventud, no participó de la guerra:

La Guerra del Paraguay fue, en ese sentido, *un beneficio inmenso para nuestro país*. Por afición a las armas, por admiración a muchos oficiales de la época, pendencieros, decisores, eternos arrastradores de poncho, tal vez por el palpitar de la fibra salvaje que jamás se extingue, muchos jóvenes de 18 a 25 años, de los que entonces hacían esa vida ignominiosa, partieron en campaña y *se rehabilitaron cayendo noblemente en los campos de batalla* o ilustrando su nombre por el valor y la buena conducta (Cané, 1903, p. 114; la cursiva es mía).

Puede observarse en la cita la utilización de un léxico que da cuenta del «encantamiento» producido por la guerra: «rehabilitación», «ilustración», «caída noble en el campo de batalla». La muerte aparece transfigurada. Se trata de representaciones magníficamente sintetizadas en la expresión de Jorge Luis Borges, a poco de concluida la Guerra de las Malvinas, en su texto *Milonga de un muerto*: «No conviene que se sepa que muere gente en la guerra» (1982, p. 12)<sup>1</sup>. Por el contrario, quienes enfocan la guerra con una mirada desencantada se proponen exponer —a veces denunciar— la violencia de la guerra y despojarla de sus atributos heroicos. Solo como para ejemplificar las visiones desencantadas, podríamos traer a cuento una referencia de Lucio V. Mansilla —quien a diferencia de Cané, sí ha participado en las batallas de la Guerra del Paraguay—. En una de sus múltiples representaciones se refiere a «los ayes de los heridos que amputaban, los quejidos de los que llegaban conducidos en camillas o arrastrándose, las pisadas de los dispersos que caían» (1963, p. 213). Esta representación recoge un momento bastante cercano al de su participación en el conflicto.

Las problemáticas relacionadas con la representación no se limitan a la elección —consciente o no— de una lente, sino que también exigen toma de posiciones acerca de quién, qué y cómo representa y quién es el receptor de la representación.

Desde los comienzos de la narrativa bélica, quienes han ido a la guerra parecen ser los más indicados para relatarnos sus experiencias. Con el transcurrir de los siglos, surge una figura bien delineada que es la del corresponsal de guerra con su carga tanto estética como ética: pueden escribir y, de algún modo,

---

<sup>1</sup> Cfr. «Invisibles», de Graciela Speranza, artículo donde la autora profundiza las paradojas que rodean, en el caso particular, los relatos de la Guerra de las Malvinas y el manejo que, de esas representaciones, ha realizado la política y la memoria errática de los argentinos.

deben hacerlo. La proximidad con el frente les aporta el material; el hecho de que han sobrevivido señala el imperativo categórico de escribir.

La crítica literaria argentina ha mostrado, hasta hace un tiempo muy reciente, escaso interés por recopilar, sistematizar y leer, con una visión de conjunto, lo producido alrededor de la Guerra del Paraguay<sup>2</sup>. Se requiere la organización de un corpus inserto en los escritos de autores consagrados, pero cuya visibilidad ha quedado reducida. Un caso particular, en este aspecto, es el de Lucio V. Mansilla. La profusa bibliografía escrita sobre este autor soslaya o ensombrece su sostenida recurrencia al tópico de la guerra, cuestión que este trabajo se propone comenzar a revertir. Un rápido repaso de las obras de sus más exhaustivos biógrafos, deja en evidencia la poca atención que se le ha otorgado a la problemática. Homero Guglielmini, en su estudio *Mansilla* (1961), al referirse a la actividad del escritor, propone la hipótesis de que el proceso de elaboración de sus textos se daba de «afuera hacia adentro» (p. 66) y que, por lo tanto, las circunstancias biográficas serían determinantes de su escritura: recuerda y recupera las experiencias y los retratos de esa guerra insertos en *Una excursión a los indios ranqueles*<sup>3</sup>. José Luis Lanuza, en el número de la colección «Genio y Figura», de Eudeba, dedicada a Mansilla (1965), rescata algún fragmento de una de las corresponsalías del escritor a *La Tribuna*, pero prefiere antologizar escritos referidos a los contactos políticos y a las diferencias con Sarmiento, que habrían motivado, de algún modo, la escritura de *UEIR*. Enrique Popolizio (1957), por su parte, detalla la participación de Mansilla en la Guerra del Paraguay y su ascenso en la carrera militar a partir de ese momento. Más cercano a nosotros, Saúl Sosnowski, en el «Prólogo» a *UEIR* (1986), destaca las discrepancias que Mansilla manifestó con la conducción de la Guerra, dato que ya también había señalado Juan Carlos Ghiano, en su prólogo a *Mis memorias* (1904). Cristina Iglesia (2003), en «Mansilla, la aventura del relato», destaca que la temprana incursión del autor en el mundo periodístico se concretó en sus colaboraciones desde el frente de la Guerra del Paraguay.

En el estudio preliminar a la edición del *Diario de viaje a Oriente (1850-51)*, María Rosa Lojo (2012), tras considerar que el desplazamiento se constituyó como su «manera de instalarse en el mundo» (p. 31), sintetiza sus actividades afirmando que «ejerció sobre todo tres prácticas o profesiones constantes: fue militar, político y escritor periodista» (p. 31). La autora avanza sobre las interpretaciones anteriores, a las que me permitiría calificar de impresionistas. En síntesis, la crítica ha señalado la relación de Mansilla con lo militar, en general, y con la Guerra del Paraguay, en particular, pero ha soslayado detenerse a considerar de qué modo el relato de la guerra atraviesa su producción<sup>4</sup>.

El primer contacto de Mansilla con la guerra queda registrado en sus corresponsalías; la experiencia reciente, pero mediada en *UEIR*, y su representación ya sedimentada aparecen en las *Causeries*. Acostumbrados a pensar a Mansilla como exponente conspicuo del dandismo y de cierta manera «lígera»

---

<sup>2</sup> La producción sobre la Guerra del Paraguay, desde una perspectiva histórica, se fortaleció durante la década del treinta con el trabajo de los nacionalistas. Cabe también destacar que algo semejante ha ocurrido con lo escrito alrededor de la Guerra de las Malvinas, material que solo recientemente comienza a sistematizarse y estudiarse. Con respecto a este tema, resulta de sumo interés el artículo de Graciela Speranza (2012).

<sup>3</sup> En adelante, *UEIR*.

<sup>4</sup> Considero que podríamos asimilar la experiencia de la Guerra del Paraguay a la impresión que en Mansilla dejó su primer viaje al exterior, recientemente editado. En la «Introducción» citada en el cuerpo de este trabajo, Lojo hipotetiza que la experiencia del viaje perduró en la escritura de Mansilla y que los breves episodios del viaje «se encuentran posteriormente amplificados en relatos anecdóticos, siempre interrumpidos por extensas digresiones que no hacen más que mostrarnos las opiniones del escritor maduro sobre las remotas aventuras del adolescente» (Lojo, 2012, p. 66).

de encarar la existencia y la escritura, solemos desatender lo que de serio hay en él: los modos de su representación de la guerra se van modificando al tiempo que la percepción de la guerra: en el comienzo, sumamente confusa y cargada de aburrimiento, va adquiriendo matices y diferentes dimensiones. Aquel juicio lapidario de Paul Groussac, «[Mansilla] malgastó su vida», reaparece como maldición en los obituarios de *La Nación*, el 10 de octubre de 1913, cuando se da noticia de la muerte ocurrida dos días antes: «¡Pobre Mansilla! Porque no fue grave y adusto, porque no logró deslindar dentro de su inteligencia una conducta uniforme, porque no supo dominar sus tendencias y darles una aplicación preferente» (p. 11). Una lectura más detenida de sus escritos de guerra nos permitiría, al menos, matizar esta presunta superficialidad.

Lucio Mansilla participó desde temprano en la Guerra del Paraguay. Declarada el 13 de abril de 1865<sup>5</sup>, Mansilla organiza el duodécimo batallón de infantería de línea y se incorpora a los efectivos nacionales. Al mismo tiempo, se desempeña como corresponsal, acorde con la práctica extendida durante el siglo XIX, que llevaba a los periódicos a obtener noticias desde los frentes de batalla, a partir de algunos participantes o de ocasionales observadores<sup>6</sup>. La tarea del corresponsal, que recibía un magro reconocimiento económico, respondía a una *poiesis* bastante regulada. Esta exigía dar cuenta de su fuente y de la fecha en que brindaba su información, así como del momento en que habían sucedido los hechos narrados. Las noticias de la guerra —para ser significativas para quien no está en ella— deben ser veloces y fidedignas.

Mansilla enviaba sus escritos al diario porteño *La Tribuna*, que mantuvo un encomiable equilibrio, equidistante de la exaltación patriótico-nacionalista de *La Nación Argentina* y la cerrada oposición de otros periódicos. La postura de la comandancia frente a esta novedad periodística fue disímil: mientras Mitre defendió «el derecho individual de escribir a los miembros del Ejército» (De Marco, 2006, p. 153), el Comandante en jefe, Gelly y Obes, quien además tenía una muy desfavorable opinión de Mansilla, íntimamente confesaba que «si fuese general en jefe, no escribía o dejaba de mandar en el ejército. Todo lo echa a la chacota y a la broma» (De Marco, 2006, p. 153).

Gelly y Obes se muestra un tanto descalificador cuando acusa a Mansilla de echarlo todo a la chacota. Este, bajo los pseudónimos intercambiables de Falstaff, Turlourou y Orión<sup>7</sup>, narró la guerra desde su experiencia. En tanto corresponsal, es cierto que en más de una oportunidad perdió objetividad, pero no dejó de cumplir con seriedad la tarea que había asumido, fundamentalmente en lo que respecta a esa *poiesis*, que mencionábamos antes. Claramente se observa preocupación por cumplir con estas exigencias en las corresponsalías de Mansilla. La necesidad de comunicar novedades no dejó de ser problemática en una guerra que se caracterizó por la carencia de ellas. En las proximidades de la batalla de Curupaytí, cuando la acción bélica cae, durante días, en un letargo que parece invencible, el desencanto doble que produce la inacción y la imposibilidad de enviar noticias de interés, se pone de manifiesto a través del

---

<sup>5</sup> La Guerra es declarada por Solano López ante la negativa de Mitre para autorizar que la tropas paraguayas atravesen el territorio de Misiones para invadir Río Grande do Sul.

<sup>6</sup> Nuestros periódicos estaban muy alejados del *Times* que contrató sus propios corresponsales para informar a sus lectores durante la Guerra de Crimea (1854-1856) o el *Herald*, de Gordon Bennet, que ubicó un periodista con vehículo especial en cada cuerpo del ejército de la Guerra Civil Norteamericana [1861-1865] (De Marco, 2003, p. 28).

<sup>7</sup> Héctor Varela y Lucio Mansilla compartieron los pseudónimos de Falstaff y Orión, lo que por momentos hace muy difícil distinguir quién es el autor.

reiterado uso de construcciones como: «otro engaño», «no fue así», «no se hagan ustedes ilusiones», «esto es una gran farsa».

Los aspectos genéricos que aparecen con variedades en otros corresponsales, Mansilla los tiñó con un estilo muy propio que constituyó una marca personal y que más adelante desarrollaría en las *Causeries*. Notemos el tono conversacional que adopta:

Como les anuncié acabo de incorporarme al ejército y lo que es más, con el orgullo como santafesino de haber visto la gran ovación a nuestro batallón.

Créanme amigos: él [su propio batallón] lo merece.

El ejército está magnífico.

El doctor Guillermo Rawson tiene razón.

Soldados como estos infunden respeto.

De la caballería entrerriana, nadie se acuerda.

[...]

La única paga que les pido son Tribunas. Aquí se buscan con ansiedad. Díganle a don Mateo Martínez que venga cuanto antes... [18 de julio] (De Marco, 2005, p. 71).

En estas primeras corresponsalías se destaca el tono dialógico con que Falstaff / Mansilla se dirige al lectorado porteño. Ante la ausencia de las dos personas del coloquio, de los turnos del habla, de la retroalimentación propia de la oralidad, ante la carencia de paratexto, el corresponsal despliega una batería de estrategias: el alocutario, lector de la *Tribuna* desde Buenos Aires (y esta distancia no es poco significativa para la recepción), es asimilado a la postura editorial del periódico. Por momentos incluso, ese alocutario queda transformado en un emisor a quien el corresponsal responde. Así, en la corresponsalía fechada el 4 de agosto de 1865, en Concordia:

Pobre Falstaff!

Me parece que estoy viendo o más bien oyendo.

Al llegar el Tevere y ver que no les llega noticia de una batalla van a maldecirme así como a todos los corresponsales de los diarios. Pero no hay que ser del todo malos porque algunas noticias tengo que darles [...] hay más todavía (De Marco, 2005, p. 308).

Como se advierte: lazo con quien no está en la guerra y envío de datos son las metas de estos escritos.

Si la primera representación de Mansilla está dada por estas corresponsalías, su contacto con la experiencia de la guerra no concluyó con ellas. Solemos olvidar que el comienzo de la publicación de *UEIR*, en *La Tribuna*, está muy cercano a los procesos de finalización de la Guerra (mayo de 1870, cuando se están firmando aún tratados). No es de extrañar, por lo tanto, que reflexiones acerca de lo vivido en el frente se deslicen en su obra cumbre, y que lo hagan con un alarde de mayor organicidad que la que se podía advertir en las corresponsalías.

Se ha señalado, en más de una oportunidad, que *UEIR* es un texto central de la literatura argentina decimonónica, condición que no le impide actuar como escrito de descentramiento, que se propone como «expansión de fronteras», tanto genéricas como geográficas y culturales. En pocos textos la frontera es, como en *UEIR*, una zona de encuentro. Me interesa, en este marco —reparando que el texto se publica en un periódico que tenía un público acostumbrado a la participación de Mansilla—, leer el relato incluido entre las cartas 5 a 9, como un texto genéricamente fronterizo. Se trata de «Cuento de fogón» del cabo Gómez. El propio Mansilla / narrador adelanta, al final de la epístola 4, que tiene «algo de fantástico y maravilloso» (1966, p. 87). El cuento del cabo Gómez se deja leer en clave fantástica. El espacio y el momento del fogón son descriptos por el narrador Mansilla como el lugar más

democrático en el jerárquico mundo militar. David Viñas lo entendía como «círculo bárbaro» opuesto al «círculo civilizado» del club. Creo que Mansilla apunta a un círculo donde todos tienen la palabra a su turno y, por lo tanto, como espacio democratizador, en cuanto que desde el oficial hasta los ayudantes ejercerán, por turnos, los cambiantes roles de narradores y narratarios.

Como adelantamos, el marco final del capítulo que precede al relato y los cierres de los capítulos intermedios posibilitan un análisis en clave de comienzos de la literatura fantástica y policial argentinas, tal como lo ha hecho, recientemente, Sandra Gasparini (2008). Sin renegar de esta lectura, considero pertinente señalar que, en el capítulo anterior, opera otra suerte de marco que ha quedado silenciada. Se hace referencia a la guerra y sus efectos:

¡Ah, sólo los que somos soldados sabemos lo que es ver partir a los amigos al peligro en que se cae o se muere y quedarnos! Y sólo los que somos soldados sabemos lo que es ver volver del combate, sanos e ilesos, a los hermanos...! (Mansilla, 1966, p. 86).

Luego de esta apelación al nosotros / soldados, y tras darnos la falsa pista de que se trata de la historia de un «cabo Gómez muerto en la Guerra del Paraguay» (1966, p. 87)<sup>8</sup>, comienza la historia proveniente de aquella geografía y de aquel tiempo. El protagonista, el cabo Gómez, es un correntino que ha llegado a Buenos Aires con las tropas de Urquiza. Desde el comienzo, junto con sus particularidades lingüísticas y raciales, se hace alusión a su participación en los enfrentamientos militares. Nos encontramos con el reiterado uso del cuerpo por los ejércitos al que alude Josefina Ludmer<sup>9</sup>. Este Gómez encarna, a través de su lenguaje español con modismos guaraníes, los contactos fronterizos que relacionaban a los correntinos con los paraguayos: «...hablaba con la tonada guaraníca, mezclando como es costumbre entre los correntinos y los paraguayos vulgares, la segunda y la tercera persona» (Mansilla, 1966, p. 88). Gómez se enroló en la Guerra del Paraguay e integraba la compañía de Granaderos, pero los extraviós frenéticos en que caía al emborracharse habían causado su desplazamiento. Por esta razón llega al batallón de Mansilla. Aparecen aquí representados varios oficiales amigos del narrador: Garmendia<sup>10</sup>, Maximio Alcorta y el no tan amigable Gelly y Obes.

El cuento presenta con algún detalle la derrota de Curupaití y destaca la valentía del cabo, quien, con tozuda permanencia en el frente, se gana la admiración de Mansilla jefe y de sus camaradas. Cuando se realiza la revista previa a la confección del parte de batalla, Gómez es dado por muerto. Es cierto que Mansilla juega con que ha narrado la historia de la muerte de un vivo y en la próxima entrega narrará la vida de un muerto, y que estas ambigüedades inscriben al texto en el plano de lo fantástico. Sin embargo, si lo leemos en clave de escritura de guerra, la narración de Gómez de cómo logró sobrevivir haciéndose el muerto ante la requisita despiadada del ejército victorioso, de cómo se las ingenió para trasladarse al campamento brasileño, es uno de los tantos relatos de supervivencia de los combatientes y el concepto de «vida de un muerto» cobra un sentido muy diferente al que se ha referido McLoughlin, en su libro *Authoring war* (2011).

Gómez regresa al campamento y en la segunda versión del relato de sus hazañas para sobrevivir, desliza el trauma que lo persigue: durante la batalla de Curupaití: el alférez Guevara lo ha tratado de

---

<sup>8</sup> Califico como «falsa» esta pista, porque hace pensar que el cabo Gómez murió en lucha, cuando, en realidad, murió fusilado a causa de un asesinato.

<sup>9</sup> Josefina Ludmer se explaya sobre el uso del cuerpo gaucho y / o campesino en su libro: *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria*.

<sup>10</sup> Garmendia se constituye luego en uno de los más importantes cronistas de la Guerra.

cobarde. La injusticia del bofetón de un superior acecha a Gómez. En esta instancia es solo indicio, pero cuando mate al vivandero, una de las pistas de la pesquisa es lo que repite en medio de su borrachera «...había jurado matarlo. ¡Un bofetón a mí!» (Mansilla, 1966, p. 98). A esta altura, el relato del cabo Gómez se constituye en un foco de atención cautivante (aunque no para los receptores del fogón): aparecen en él los conflictos que suelen asediar a los combatientes.

El psiquiatra Jonathan Shay, especialista en traumas de veteranos de Vietnam, en su sugerente texto *Achilles in Vietnam [Aquiles en Vietnam]*, afirma que *La Ilíada* le había enseñado a entender algunos de los traumas de sus pacientes. En esa comprensión psiquiátrica, identificaba varios grupos de traumas de la guerra. Uno de ellos es el que provocaba la injusticia de los superiores jerárquicos. La exposición a la violencia abusiva solía resistirse si se contaba con la protección del superior (si volvemos al relato, es reiterada la búsqueda de Gómez de la protección de Mansilla o de Garmendia), pero se tornaba extrema cuando se combinaba con la injusticia recibida desde el superior jerárquico. Es el punto de partida de la ira / trauma de Aquiles. Salvando las distancias, es lo que le acontece al cabo Gómez: puede resistir, como un héroe, los embates del cañón paraguayo y seguir combatiendo cuando está herido en las dos piernas; puede sobrevivir haciéndose el muerto y confundiéndose con los cadáveres, pero no puede tolerar que el alférez Guevara cuestione su valentía. Garmendia y el propio Mansilla actúan como los oficiales paternos que encauzan los extravíos del cabo, pero Guevara desata en él el pensamiento obsesivo del que no puede liberarse sino vengando la afrenta. Recordemos en esta instancia que las alucinaciones ya habían aparecido en Buenos Aires, lugar adonde había llegado con las tropas de Urquiza, «que dio en tierra con la dictadura de Rosas» (Mansilla, 1966, p. 88). ¿La costumbre de embriagarse del cabo sería anterior a la violencia o producto de ella?

El fusilamiento final de Gómez representa, por un lado, la sanción a quien no ha respetado las leyes militares pero es, por otro lado, un índice de la ingratitud de la nación para con sus generales. Muere exclamando:

Le leyeron la sentencia, y dirigiéndose con aire sombrío a sus camaradas, dijo con voz firme, cuyo eco repercutió con amargura:

—¡Compañeros: así paga la patria a los que saben morir por ella! (1966, p. 106).

Mansilla recuerda las palabras del cabo pero, ¿no las pronuncia también en su propia defensa? ¿No son esas palabras parte de la defensa que toda la ficción de *UEIR* es de su propia conducta?

Hacia 1888 y hasta 1890, Mansilla regresa al periodismo activo. Publica en el diario *Sud-América* sus conocidas *Causeries*. Encuentra un tono conversacional propio y charla con sus lectores de casi todo. Reaparece el tema de la guerra. Todo parece espontáneo: se mencionan generales, se alude, de múltiples modos y con variadas estrategias, a los combates, que en una charla son homéricos, pero en otras, gloriosos y, en otra, solo sangrientos. Unas veces la guerra es un acto heroico de justicia; otras, la contienda donde pereció un pueblo y una raza (1963, p. 503). Se discuten las representaciones: Paraguay existe y el urutaú no llora; Garmendia reduce las proporciones de la guerra, el propio Mansilla deberá tomar la pluma para contarla. Nos dejamos llevar por el discurso pero allá, debajo de las palabras, debajo de la fluidez magnífica con que Mansilla charla, reaparece la permanente inadecuación de la palabra para dar cuenta de la guerra. Si al decir de María Rosa Lojo, el viaje a Oriente, plasmado en su *Diario*, le dio a Mansilla «el encanto propio de los que han visto lo que otros solo han podido imaginar» (2012, p. 67),

podríamos decir que la experiencia militar en el frente de la Guerra de la Triple Alianza le dio el contacto con el espanto que otros ni siquiera podían imaginar. La necesidad de narrar la experiencia reaparece en las *Causeries* de fines de los ochenta. Parafraseando a Mansilla, podríamos decir... es, una vez más, el retrato de la guerra, pero «el tiempo la ha desfigurado» (Mansilla, 1963, p. 504).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Anónimo. (1913). Ayer en París. El general Lucio V. Mansilla. *La Nación* [Buenos Aires], p. 11.
- Auza, N. T. (1980). *Correo del Domingo (1864-1868) (1879-1880). Estudio e índice general*. Buenos Aires: Instituto histórico de la Organización Nacional.
- Borges, J. L. (1982, diciembre 30). Milonga de un muerto. *Clarín* [Buenos Aires], p. 16.
- Cané, M. (1903). «De cepa criolla». En *Prosa ligera* (pp. 111-125). Buenos Aires: La Biblioteca.
- Cole, S. (2009, octubre). Enchantment, Disenchantment, War, Literature. *PMLA*, 124, (5), 1632-1647.
- De Marco, M. Á. (2003). *Corresponsales en acción. Crónicas de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Librería Histórica.
- Gasparini, S. (2008). Cuento de fogón desde Tierra Adentro. Umbrales de los géneros en *Una excursión a los indios ranqueles*. En Batticuore, G. y Laera, A. (Comps.) *Fronteras escritas* (pp. 214-233). Rosario: Beatriz Viterbo.
- Ghiano, J. C. (1955). Lucio Victorio Mansilla. En Mansilla, L. V. *Mis Memorias* (pp. 7-55). Buenos Aires: Hachette.
- Groussac, P. (1913, octubre 10). Ayer en París El general Lucio V. Mansilla. *La Nación* [Buenos Aires], p. 11.
- Guglielmini, H. M. (1961). *Mansilla*. Buenos Aires: Ediciones Culturales Argentinas.
- Iglesia, C. (2003). Mansilla: la aventura del relato. En Schwartzman, J. (Ed.) *La lucha de los lenguajes. Historia crítica de la literatura argentina* (pp. 541-562). Buenos Aires: Emecé.
- Lanuzza, J. L. (1965). *Genio y figura de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Eudeba.
- Lojo, M. R. (2012). Introducción. En Lucio V. Mansilla. *Diario de Viaje a Oriente (1850-1851)*. Buenos Aires: Corregidor.
- Ludmer, J. (1999). *El cuerpo del delito. Un Manual*. Buenos Aires: Perfil.
- Mansilla, L. V. (1963). *Entre-nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: Hachette,
- Mansilla, L. V. (1966). *Una excursión a los indios ranqueles*. Edición, estudio preliminar y notas de Guillermo Ara. Buenos Aires: Kapelusz.
- McLoughlin, K. (2011). *Authoring War. The literary representation of war from the Iliad to Iraq*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Popolizio, E. (1957). *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Peuser.
- Shay, J. (1994). *Achilles in Vietnam. Combat and Trauma and the undoing of character*. Nueva York: Scribner.
- Sosnowski, S. (1986). Prólogo. En Mansilla, L. V. *Una excursión a los indios ranqueles* (pp. IX-XXVII). Buenos Aires: Ayacucho/Hispanamérica.
- Speranza, G. Invisibles. Malvinas. 1982-2012. *Exlibris: debates*, 1, 420-427.

Viñas, D. (1995). *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Sudamericana.